

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6, 22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

Salmo (66, 2-3.5.6 y 8): *«Que Dios tenga piedad y nos bendiga»*

2ª lectura (Gálatas 4, 4-7): *Dios envió a su Hijo, nacido de mujer.*

Evangelio (Lucas 2, 16-21): *María conservaba estas cosas, meditándolas en su corazón.*

«El Señor se fije en ti y te conceda la paz». Con esta fórmula termina la bendición solemne que propuso Dios para asegurar a los israelitas su presencia perenne a lo largo de toda su historia. Generación tras generación han venido escuchando los miembros del pueblo elegido esta bendición, de la que muchas veces nos sentimos alejados. En este tiempo que nos ha tocado vivir, donde es raro un continente en el que no haya guerra, en el que no existe un pueblo sin rencillas, ni familia sin problemas. **¿Qué ha pasado para que no sintamos el efecto benéfico de la bendición del Altísimo?**

Con frecuencia atribuimos a Dios nuestros fracasos sin aceptar que somos nosotros y nuestra naturaleza, a causa de nuestras limitaciones, los responsables y causantes de tanto conflicto. La protección y el bienestar que Dios nos procura con su bendición es la que abre nuevos horizontes en nuestra vida. Y eso no es una pura fórmula sino una realidad concreta, hecha historia cuando la mirada benévola de Dios convirtió a María, la más excelsa de las criaturas, en Madre de la Gracia, madre del Príncipe de la Paz.

Ella dio comienzo a una nueva vida, ese Niño que vivió siendo Dios y hombre en perfecta armonía y enseñando el camino de la paz. Una paz que conforta a los tristes y abatidos, a los que creen no tener posibilidad alguna de remontar una derrota, de superar un fracaso en los planes personales que no siempre son los más favorables para alcanzar la paz y el bienestar. María como madre, conoce bien la eficacia de la espera, el ansia gozosa de la paciencia, la alegría de engendrar superando todo dolor la sonrisa de una vida nueva.

Al comenzar el nuevo año tenemos una ocasión para celebrar ese acontecimiento sabiendo que fue un regalo de Dios para nosotros, un testimonio histórico de que su bendición no es puro formulismo. El primer día del año al recordar la maternidad de María nos invita a vivir esa novedad fecunda que ella trajo al mundo. Puso en la historia al Hijo del Padre Eterno y le dio forma humana en la que resulta patente la armonía de la historia con la eternidad. Esa armonía con la que Dios creó al ser humano llamado a la vida y no a la muerte; esa armonía, que quedó rota por el pecado y por la rebelión, se ofrece ahora de nuevo para que el ser humano, los hijos del viejo Adán, tengan la posibilidad de hacer las paces con su Creador y consigan dirigirse a Él como hijos y ya no más como esclavos.

La fiesta de hoy pone la atención en la maternidad de María. La grandeza de María es ser portadora en su seno de la vida más grande que la humanidad podía esperar: Dios mismo hecho carne en Jesús. Cuando los pastores llegaron hasta Belén y relataron lo que se les había contado de ese niño que acababa de nacer la única reacción de María es la de la contemplación y meditación de todo lo que estaba aconteciendo. Claro que María se alegraría por el nacimiento de su Hijo, pero María es sencilla, calla, medita, conserva en su corazón todo lo que está viviendo. Sabe que responde a un plan de Dios que le supera, por eso solo le toca confiar, tener fe.

Hay tanta sencillez en María que casi pasa desapercibida en el relato. El jolgorio, la alegría por el nacimiento la representan los pastores y todos los allí presentes que estaban admirados por este nacimiento. De nuevo, la grandeza de María, también está en su sencillez. Ella es el arca de la Salvación, en su seno porta a Jesucristo, su papel es de una importancia sin igual en comparación con el papel de los pastores, pero ella no dice nada, no hace nada, solo conserva y medita todo lo que está viviendo. También así nos enseña María a ser buenos discípulos, sin buscar ningún protagonismo.

El evangelio dice que los pastores regresaron de Belén dando gloria y alabanza a Dios, conforme a lo que se les había dicho. Claro, es que lo que han presenciado los pastores en Belén, el nacimiento del Mesías, ya estaba profetizado en el Antiguo Testamento (Is 7,14). La voluntad de Dios de cuidar, querer y proteger a la obra de sus manos se remonta al minuto cero de la Creación. Por eso, ahora, en la plenitud de los tiempos, Dios ha querido dar lo mejor que tiene a la humanidad, a su propio hijo. Y lo ha querido hacer uniendo el destino de su hijo al destino de cada hombre, naciendo del seno de una mujer.

El rito de imposición del nombre **«Jesús»** no es mero azar, sino que es un nombre muy bien elegido. Podría traducirse como **«Dios salva»**. Nada responde mejor a la vida de Jesús. Ha venido de parte de Dios, siendo Él mismo Dios, para salvar a la humanidad y reconciliarla con Dios. Este hijo nos ha venido por su madre, por María. **¡A Jesús por María!** Al celebrar con gozo esta fiesta en la octava del nacimiento del Salvador, al desear que se cumpla en nosotros la bendición solemne que nos trae la paz: ¡Bendita sea la Madre de Dios que nos facilitó este comienzo glorioso de una nueva vida como hijos de Dios! Nunca en la historia se ofreció una oportunidad a nadie de alcanzar tal dignidad, que nos hace acreedores de la herencia eterna. Un gesto de la Bondad de Dios, que augura una nueva era de paz en la tierra.